

« Ilermo Prieto?) A otro, osando apenas separarla de su « pecho. (Aquí el Señor Bermúdez.) Alargando otro el « brazo en toda su longitud. (Aquí entra Dublan.) Mo- « viendo otro la mano como si tuviera un látigo. (No « hay más que recordar al diputado Carvajal.) Alguno « afectando la postura de la estatua del *Pacificador*, incli- « nada la cabeza sobre el hombro derecho, el brazo ten- « dido á la altura de la oreja, la mano desplegada y el « pulgar al aire. (Este es un retrato de Justo Sierra.) « Algunos oradores meciéndose constantemente de un « lado á otro como Curion, el padre, de quien Julio pre- « guntó: *¿Quién es ese hombre que habla desde un buque?* (Y parece que habia visto al diputado Enriquez.) ¡Qué hubiera dicho Quintiliano si en su tiempo se hubieran usado pantalones y hubiera contemplado á muchos de nuestros hombres, perorando con las manos metidas en los bolsillos! ¡Qué hubiera sentido Ciceron al mirar ese vasito de agua del que á cada cinco palabras liban nuestros tribunos en las Cámaras!

*Manus sinistra nunquam sola gestum recte facit.* La mano izquierda nunca puede hacer sola un movimiento gracioso, dice Quintiliano; y aquí vuelve á tomar su cauce este artículo, porque Juan Mateos luego que sube á la tribuna deja en inaccion la mano derecha y pone en activo ejercicio la izquierda. Siempre me ha llamado esto la atencion y he llegado á creer que ni es una mala costumbre ni el resultado de un acto voluntario; el mo-

vimiento de la mano izquierda de Juan Mateos, en el momento en que comienza á hablar en la tribuna, es el efecto de un cambio de centro de actividad en la masa encefálica. A ser cierta la teoría del cruzamiento, segun la cual el hemisferio derecho en el cerebro produce los movimientos de los miembros del lado izquierdo del cuerpo y vice versa, se puede asentar que en la conversacion, Mateos pone en ejercicio el hemisferio izquierdo de su cerebro, y cuando toma la palabra, cuando se re-concentra y esfuerza su inteligencia, todos sus pensamientos nacen del hemisferio derecho, excita y pone en actividad los centros ideo-motores del mismo hemisferio, despertando por decirlo así, las localidades, centro de los movimientos automáticos de la mano izquierda.

En este caso podriamos decir como dijo un frenologista, que hay un estravismo intelectual, lo que, traducido en romance, querria decir que Mateos piensa bizco en la tribuna. A esto sin duda puede atribuirse esa volubilidad literaria con que Juan Mateos se pone tan fácilmente á escribir una letrilla como á rumiar el discurso que pronunció en una discusion del presupuesto, como á preparar el argumento de un drama. Esta diversidad de objetos á que aplica su energía intelectual debe tener por consecuencia que profundice poco las cuestiones que desflora; pero Mateos no se pára en pelillos: poeta, compone un poema á Jesucristo; orador, truena contra el catolicismo y llama al Papa la *ténia* del Vaticano; autor

dramático, se echa *por la calle de en medio*, convertido en *ave negra*, trasformándose repentinamente en *ave blanca*, como esas hermosuras de caoba que concurren al zócalo ocultando la piel de Moctezuma bajo la espesa capa de polvo de arroz y algunas veces de harina flor.

Juan Mateos es un creador de frases retumbantes en la tribuna, como Justo Sierra en la poesía. Seguramente que de ambos quiso hablar Zorrilla cuando dijo en una detestable composición á Napoleon I:

«*Dos gigantes los siglos nos trajeron.*»

Si Galileo viviera no estaria tan orgulloso del éxito que ha alcanzado aquella su frase: *e pur si muove*, como debe de estarlo Juan Antonio de la brillante popularidad que le han valido palabras como estas, que pasarán á la posteridad: *tengo enmohecidos los muelles de la palabra; he dejado las sandalias en la puerta del Congreso; yo no abandono al maestro como los ensabanados de Getbzemani; yo seré la última vela del tenebrario político; se le quiere hacer la operación del trépano á la Constitucion; la sociedad no quiere vientres secos; estamos en presencia del desastre*, etc.

Y ¡qué cosas dice Juan Mateos en sus discursos! ¿De dónde le vienen á las mientes citas tan extrañas y personajes tan disímbolos? Algunas veces al oírle, se cree uno presa de una de esas pesadillas en que vemos á D. Manuel Toro y á D. Trinidad García bailando el *Can-Can* con Aspasia, la de Pericles, ó con Pinike, la hermana de Kimon, y Sila ó Mario se empeñan en rasurarnos, y en-

tramos á tomar tamales y atole de leche en el Parthenon, en compañía de Voltaire, de Alejandro VI y de D. Diego Alvarez de la Cuadra.

¿Recordais el discuro del Desagüe? Allí salieron (¿á qué ó por qué? Mateos lo sabrá) el monumento de Henrico Martinez, el Obispo Palafox, Revillagigedo, el tenor Arcaraz, la escalera de Palacio, Pedro Arbués, la Patti, las profecías de la madre Matiana, el ingeniero Garay, Pelletan, Niceto de Zamacois, los títeres del Teatro de América, un soneto de Caravantes, las desgracias de Colón, un plan de hacienda de Bejarano y la pulquería «*Los Amores de un Turco.*»

Cuando en la Cámara habla nuestro Juan, Justo Sierra se lame los labios, los Mijares Añorga se santiguan devotamente debajo de la barandilla, Bermudez aprieta los ojos y sacude la cabeza, D. Ignacio Michel se forma una concha con la mano sobre la oreja para no perder una palabra de la lección, Vallecito se reconcentra, y á Guillermo Prieto le brillan los ojos y vuelve complacido el rostro por todas partes, como diciendo: ¡éste es mi discípulo amado!

Sólo Joaquín Alcalde clava taciturno la barba sobre el pecho y exclama en su interior: pues señor, éste sí me desbanca, y *etcétera, etcétera* . . . . .

Veamos un trozo de elocuencia de nuestro orador. Se trata del permiso que solicita el Estado de Hidalgo para la introducción de sal del extranjero. Juan Antonio se

yergue (como diría Justo Sierra), y con toda la energía de que es capaz (como diría el Sr. D. Ezequiel Montes), lanza las *jaras* silbadoras de su elocuencia (como diría Hilarion Frías) en esta forma:

« Ciudadanos diputados:

Con las velas de mi bajel henchidas por el proceloso viento de la discusión, me arrojo entre las revueltas ondas de este debate, como las perdidas carabelas de Colon entre las nieblas del Atlántico.

El Estado de Hidalgo lanza su cañonazo de socorro, y por eso, antiguo soldado de la Reforma, quiero hacer fuerza de debate ántes que la sombra pavorosa del bonete de los hijos de Loyola se proyecte como un recuerdo de Torquemada y Pedro de Arbués sobre los campos del Estado que vió brillar el sol de Calpulalpam.

Los buitres que se ciernen sobre la Constitución huirán á ocultarse medrosos bajo los mármoles del Vaticano, al primer estallido del rifle del progreso que suena como precursor del gemido de la locomotora.

¡Que brille, ciudadanos diputados, la alta sabiduría de la Cámara, para apagar las antorchas sangrientas del fanatismo, arrancadas de la hoguera de Juan Huss y de Savonarola!»

No me atrevo á decir que Juan Mateos no sabe lo que dice, cuando dice todas estas cosas, porque me expondría yo á que dijeran de mí que hablo como un loro.

Y á propósito de loros, tengo la convicción de que les

calumnian los que sostienen que esos animales no conocen el peso y la significación de sus palabras, y les comparan á los hombres ligeros para expresarse.

En esa comparación, opino que quienes pierden son los loros, y ellos deberían poner el grito en el cielo por tamaño insulto.

Yo me atrevo á decir semejante cosa, porque he tenido oportunidad de hacer algunas observaciones, que si aquí no vienen al caso, no por eso dejarán de divertir á los lectores, cerrando este artículo con un broche de oro, como diría Guillermo Prieto.

Yo conocí en Tacámbaro un loro, con quien me presentó su amo, que era un coronel que aguantaba pocas pulgas: el loro me reconoció como amigo de su amo, y observé que ese animal, más desvergonzado y más agresivo que una mujer borracha, andaba siempre en campaña de palabras con los asistentes y los criados de la casa, diciendo tales infamias, que era cosa de taparse los oídos; pero apenas escuchaba los pasos de su amo ó los míos, ó alcanzaba á distinguirnos desde lejos, tomaba repentinamente el aspecto más mojigato, y creyendo sin duda que pertenecíamos al Seminario de Morelia, comenzaba á cantar con voz gangosa: *Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal.*

Herodoto á cada paso dice en su Historia al referir algun acontecimiento:

—Esto lo ví, esto me lo contaron; pero no lo creo.

Y así voy á referir una historia que de testigos vera-

ces, aunque no les creí, supe en una de las poblaciones del Sur de la República.

Es el caso, que en ese pueblo había un maestro de escuela llamándose Don Lucas, y el cual dicho maestro tenía en la puerta del establecimiento un perico que todo el día estaba dando vueltas en su estaca, oyendo lo que pasaba en la escuela y cambiando frases más ó ménos graciosas con los muchachos.

Una mañana, el loro, enfadado de aquella vida, ó creyendo quizá que había terminado su educación primaria, levantó el vuelo y en ménos de un cuarto de hora estuvo ya en la sierra inmediata y en donde abundan los loros, los pericos, las cotorras, las guacamayas y toda esa gran familia de pájaros que son candidatos á oradores.

La pena de Don Lucas por la ingratitud de su favorito fué, como debe suponerse, honda y prolongada; pero como no hay dolor que el tiempo no cure, al mes no se acordaba ya del perico.

Un día, Don Lucas tuvo necesidad de atravesar la sierra para ir á una de las poblaciones cercanas: levantóse temprano, ántes que el sol, ensilló su caballo flaco, puso en las *cantinas* de la silla una torta de pan, un pedazo de *queso* y una botella con mezcal, y sin encomendarse á Dios como Don Quijote, ni al diablo como las *brujas*, echó por la vereda aprovechando la fresca para caminar, no sin tomar de cuando en cuando algunos tragos de la botella.

Serian las diez de la mañana, cuando atravesando por lo más espeso de la selva, empezó á oír por todas partes en grandes gritos, voces como humanas que decían b, a, n, ban; b, e, n, ben, y así sucesivamente: como maestro de escuela, fastidiado estaba de oír deletrear y de tratar con muchachos que, entre paréntesis, me figuro que los maestros de escuela deben tener por patron á Herodes, á aquel que degolló tantos chicos, ó á Kansa, aquel tirano de la India que, segun cuentan los libros de los Brahamas muchos siglos ántes de Herodes, había también tenido el mismo inofensivo capricho. Pues como iba diciendo, Don Lucas creyó al principio que aquello era una alucinación, que había tomado un poco más mezcal del que convenia, ó que el diablo trataba de martirizarle; pero poco á poco se fué convenciendo de que real y efectivamente aquellos gritos partían de los árboles.

Loco se volvía tratando de explicarse ese misterio, hasta que repentinamente una inmensa bandada de loros cruzó sobre su cabeza repitiendo todos en coro: b, a, n, ban; b, e, n, ben, y detrás de ellos solo, y como cuidándoles, el ingrato, el desertor perico, que con mucha gravedad dijo al pasar junto al asombrado preceptor:

—Don Lucas, ya tengo escuela.

Yo he tenido ganas de hacer de este cuento una fabulilla, y la moraleja, que por supuesto debe ser en verso, ha de decir: « Dios nos tenga de su mano, el día en que muchos de nuestros literatos abran escuela.»

